

CARTA SOBRE EL MAR MENOR

A Mme. Suzanne Schaub, en Basilea (Suiza)

DESDE que me coloqué ante el dactilógrafo de juguete fabricado en su industrioso país (concretamente, en Yverdon) y escribí el encabezamiento, estoy pensando que esta carta va a ser como el espectro magnético que dibujan las limaduras de hierro en el papel que tiene debajo un imán.

Cuál sea, mi estimada amiga, el imán invisible bajo el papel de esta carta y en qué líneas de fuerza (¿o suavidad?) vaya a ponerse en evidencia su campo magnético, es algo que, de momento, ignoro en absoluto, pero confío aclarar por un procedimiento análogo al de la Física: derramando palabras, limaduras verbales, y observando, quizá con aún más viva curiosidad que usted, cómo espontáneamente se disponen y configuran.

Por ahora, sólo sé unas cuantas cosas, en principio inconexas, aunque no totalmente incongruentes: que dejé pasar la oportunidad de Pascuas y Año Nuevo, precisamente por no querer limitarme con usted a una tarjeta de cumplido, y que me sentía, desde entonces, culpable de ingratitud, pese a que, con un estrecho criterio contable, sea usted quien debe carta; que esta noche he obedecido al impulso de acabar por fin con ese sentimiento desagradable; que esta mañana he recorrido por enésima vez en autobús la carretera entre Murcia y Cartagena; y que mi horizonte doméstico, los confines de esta habitación de cortinas rojas y paredes siena, tienen una especie de rompimiento o fantasmagórica perspectiva:



un apunte a la acuarela de un rincón del Mar Menor que me regaló, hace bastantes años, un amigo artista...

¿Ve usted? Con esa simple enumeración, ya empiezo a obtener algunos atisbos de entendimiento. Porque, esta mañana, en mi diligencia de «gas-oil» y plásticos, no entretuve leyendo los ochenta minutos de camino, ni me adormecí, como otras veces, a pesar del café de urgencia tragado apresuradamente al levantarme. Esta mañana, no sólo ví el paisaje (a intervalos y distraídamente, según de ordinario suele ocurrirme por el hábito), sino que miré, observé, contemplé, recorriendo toda la escala de intensidad con que puede emplearse el sentido de la vista...

¿Quizá porque hoy, 21 de marzo, ha empezado oficialmente la primavera? No sé... El día amaneció nublado, con una luz grisácea, inaceptable para una primavera del sureste, por muy incipiente que sea. Pero a mitad del trayecto, por donde empieza a ser visible a lo lejos el Mar Menor, las nubes se retiraron hacia los lados, con el moroso desplazamiento de unas fofas cortinas de embocaduras, y el sol, aunque sin presentarse todavía en escena, comenzó a anunciar su inmediata aparición por un gradual progreso de la luz desde el gris al dorado.

Durante un rato, la porción más luminosa del paisaje, no fue todavía el cielo, sino el mar. Aunque, para ser exactos, habrá que decir que la brillantez de aquella lámina de tersura metálica se prolongaba sin solución de continuidad en la franja de cielo fronteriza, haciendo poco menos que imperceptible la línea divisoria...

De suerte que, por la preponderancia de su estímulo visual, mi atención se centró naturalmente en este Mar familiar y modesto que nosotros llamamos Menor, sin duda por una razón viceversa a la que ustedes tienen para denominar Mayor al lago que por el norte les separa —o, más bien, les une— con Italia. Sé, aunque no sepa mucha Geografía, que hay varios lagos en su país, y nuestro Mar Menor no llega por su extensión ni siquiera a lago. Desde un punto de vista meramente cuantitativo, no pasa de laguna. Pero lago o laguna con especial idiosincrasia, con propia e inconfundible personalidad.

Y, al margen de cualquier tesis geopsíquica, estoy convencido de la similitud de esa idiosincrasia y la de nosotros los murcianos.

Nuestra poesía —valga por vía de ejemplo— ha sido, en los más auténticos, desde Polo de Medina a Ricardo Gil, una poesía en tono menor. Y ese mar «di camera», mucho más nuestro y aqulitadamente me-



diterráneo que el «Mare Nostrum», brinda la música que mejor llega a nuestra sensibilidad inepta para la wagneriana de los océanos...

Pero no quisiera enfrascarme, sin venir a cuento, en una Teoría de Mar Menor.

Como le iba diciendo, esta mañana, en el autobús...

Discúlpeme; acabo de recordar un detalle que..., sí, me parece esclarecedor del impulso por el que esta noche me he sentado, al fin, ante la máquina

¿Recuerda usted también que el verano pasado, antes de iniciar sus vacaciones en Paguera (la aldea mallorquina que desconcertaba a los más eruditos funcionarios de Comunicaciones) me consultaba sobre una escapada de dos o tres días a Murcia? ¿Recuerda que le contesté, a fuer de leal, que la última quincena de julio era la época menos propicia para esa visita?

Aquella obligada aclaración mía me dejó el mismo mal sabor de espíritu que se ha reproducido últimamente por no haberle escrito.

Pensé entonces que la solución hubiera sido hacerle conocer las playas del Mar Menor, pero, por las circunstancias que me ataban irremisiblemente a Murcia, tuve que descartar esa posibilidad.

El Mar Menor, es, en efecto, durante el verano, territorio de soberanía de Murcia ciudad y las carreteras que a él conducen una especie de «pasillo de Dantzig», aunque, por fortuna, sin más complicaciones belicosas que alguna escaramuza verbal entre conductores.

(El caso de Cartagena, ciudad, podríamos decir, de ola perenne, es, por eso, muy distinto, pese a que ciertas playas del Mar Menor arrojen, durante la canícula, abrumadora mayoría de cartageneros).

Realmente, de haber sido posible la solución que se me ocurrió, usted hubiera vivido, durante esos días, aun no estando localmente en ella, el ambiente, la atmósfera espiritual de Murcia, aunque la material la envolviese yodada y con olor de algas...

Comprendo ahora plenamente que no es casual el hecho de que hoy, que he contemplado, a lo lejos, el Mar Menor, evocado después aquí por la acuarela de mi amigo, haya seguido el impulso de escribirle para liberarme de algún modo de un vago sentimiento de ingratitud actual y pretérito. Y, ya más tranquilo, sin la inquietud de descrifrar los móviles de mi acción, pienso que tal vez no fuera el verano, sino esta precisa época del año, la mejor para disfrutar nuestro —nostrísimo, si me lo permite—



pequeño mar y sus islas, que también las tiene, como las Borromea su Lago Mayor.

Lo digo, no sólo porque en las playas superpobladas —igual que en la consabida frase de los árboles y el bosque— los bañistas impidan ver el mar, —y no menos oírlo, oír su canción sin más «pick-up» ni amplificador de sonido que la noche, en estío hipotecada por humanas canciones—; sino, especialmente, porque esta época o cualquiera que no sea el verano, se halla libre, respecto al mar, tanto de lo masivo como de lo utilitario.

Se habla, desde hace algún tiempo, de un proyecto de enorme envergadura, que financiaría un grupo de hoteleros compatriotas suyos, para convertir el Mar Menor en zona de gran turismo. Quizá entonces se convierta en estación invernal aún más que veraniega, quiero decir para el turismo, aunque para los huertanos —y los ciudadanos— de Murcia lo festivo y vacante de esa zona —la Fiesta de la Mar— siga invariablemente vinculada al mes de agosto...

De la Fiesta de la Mar no voy a hablarle, amiga mía, porque yo quiero hablarle del paisaje, y, lo mismo que en pintura, en este caso, costumbrismo y paisaje me parecen términos incompatibles.

¿Y qué podré decirle del paisaje del Mar Menor, que resulte válido para el conjunto, en términos generales? Me parece difícil, y no porque comparta la opinión del también compatriota suyo que negó idealistamente al paisaje toda realidad objetiva... (¿Y cómo le hubiera gustado a Enrique Federico Amiel este mar —tan acorde con su psicología— de minúsculas tempestades que no excluyen la tragedia, sino la grandilocuencia de la tragedia; este mar, separado apenas del Mayor por una estrecha barrera —como el talento del genio en el caso del profesor ginebrino—, nutriéndose de sus aguas, pero inexorablemente limitado, en constante comunicación con él, pero sin poder fundirse en su inmensidad).

La dificultad mayor para captar la belleza de este Mar Menor es, se me antoja, parecida a la que impide a toda cámara oscura que no sea el propio ojo humano aprehender el encanto de las mujeres bonitas.

La fatalidad de este género de belleza delicada y serena es convertirse en cromo o en tarjeta postal al ser reproducida. (Alguno de los lagos de su patria, mi estimada amiga, se me quedó familiar en la retina de verlo un día y otro de los de mi infancia en un almanaque de pared).

Tantas ideas se entrecruzan al llegar a este punto que no sé qué cabo



agarrar para desliarlas... Me parece, por ejemplo, significativo que sean compatriotas suyos los que se hayan fijado en la belleza del Mar Menor. La moderación, el aprecio de la serenidad y cierta repulsa de lo truculento y desmesurado son, si no me equivoco, notas comunes en el carácter suizo y el murciano. Tengo la seguridad de que le gustaría a usted el Mar Menor, Especialmente ahora, o en el otoño, e incluso en el invierno: con ola, pero sin batahola.

Debo aclararle, sin embargo, para su tranquilidad, si pensara venir en verano, que hasta en esa época es posible, en la más populosa de sus playas, encontrar, sin interferencias de humanidad espesa; el único murmullo del mar... Porque, en cada uno de sus pueblos de temporada las edificaciones se van adelgazando hacia los extremos como un menguante de luna, y el ruido va decreciendo también proporcionalmente. En cualquiera de esos puestos avanzados del silencio, huéspedes de la sombra natural o amañada, quizá frente a una vela de marina infantil, abarquillada por la brisas, casi un lirio de agua en que el mástil sobrepasa la corola; con los cinco sentidos puestos en el mar, percibiéndolo, no sólo por la vista, por el oído y el olfato, sino hasta, en su humedad salobre, por el gusto y el tacto, es fácil comprender lo que tan difícil resulta explicar con palabras.

Y aparte ese recurso, valedero para cualquiera de sus playas, está, pese a su aire de familia, la misma diversidad de ellas, entre las que no hay más que elegir, como, en las antiguas historias, el candidato a esposo entre las hermanas.

La unidad, la variedad y la armonía que en la estética tradicional se enumeran como caracteres distintivos de la belleza, se nos evidencian, probándola, en el caso del Mar Menor.

Estas pequeñas y graciosas poblaciones, bulliciosas en verano, silenciosas en el resto del año, casi cerrando en torno al agua un corro de niñas con los pies descalzos, tienen matices individuantes, atractivos que, de no estar predeterminada la elección por otros motivos, alivian el «embarras du choix».

Me gustaría, si esta carta no resultara ya excesiva, poder hablarle de cada uno de los sitios que conozco. Seguramente, porque hay ligados a ellos tantos recuerdos, tantas menudas y deliciosas experiencias, que sería como hablarle de mí mismo...

Me gustaría hablarle de Los Alcázares. Del chapoteo del agua ante un



muelle innecesario y el chirrido de la arena bajo nuestros pies, camino de un balneario de acre olor a madera mojada, sostenido en pilares verdinosos, ya anacrónico entonces, muy principio de siglo, con casetas de pinas, resbaladizas escalas navales y recias esteras morunas. De la terraza posterior de esa especie de palafito, en que había, y supongo que seguirá habiendo, unas despintadas banquetas de listones. De la beatitud experimentada contemplando el cabrilleo del sol en el agua tranquila, transparente, cruzada por formaciones de minúsculos peces, cuyas sutiles proyecciones se escabullían entre las amplias mallas de la red de sombras que el temblor de la superficie hacía oscilar ligeramente sobre el fondo claro...

De los atardeceres de Los Nietos, en que el aire y el alma se serenán, y sus noches de luna en que se angustia casi a fuerza de una voluptuosidad sin concupiscencia.

De la siesta en la azotea de una casa de Lo Pagán, paladeando el silencio; el mar al fondo, y en el mar, la trayectoria lenta de unas velas...

Me gustaría también evocar la Encañizada de la Torre, en uno de los islotes, donde se prepara la ambarina hueva de mújol, más rara y más exquisita que el caviar; donde los mújoles vivos se apiñan prisioneros entre los cañizares negruzcos, joyero de tanta plata, y, de vez en cuando, enloquecido de desesperación o de esperanza, uno salta muy alto, fulgurando al sol, girando sobre sí mismo, chisporroteando destellos, en alarde de diurna pirotecnia; donde se va de una a otra paranza, como de extremo a extremo de la Estigia, en unas barcas negras de fondo plano semejantes a la de Caronte...

Pero ya es tiempo de acabar, aunque con la desazón de no haberle podido dar idea de lo que me había propuesto explicarle.

Y, sin embargo, estoy seguro de que usted intuiría de golpe todo lo que yo no he sabido expresar si viese el Mar Menor, a esa hora indecisa en que ya —o todavía— no lo estremece el sol, convertido en Tiberiades, donde se concibe poder andar sobre las aguas, y no por su apariencia de bruñido espejo metálico, sino por haberse hecho el cuerpo leve y libre de las leyes naturales, a ser capaces de la fe total que nos falta en cualquier otro momento para que sea posible el milagro.

